

La suerte de una Europa sometida al nazismo es, fatalmente, su propia suerte. Así lo siente, más que lo piensa, cuando llora por la caída de Checoslovaquia y, más aún, de París, en manos nazis. Estará seis meses sin escribir su diario, indiferente ante un terremoto que sacude su ciudad, siempre amenazada de desaparición por la endeblez de sus construcciones. Se imagina soldado, metido en un campo de prisioneros o ante un pelotón de fusilamiento o llegando a ser nadie, ese soldado anónimo que muere en la batalla. La guerra europea, luego mundial, se le aparece como inverosímil. O bien Europa se entregará mansamente a Hitler o bien un golpe de Estado interno, con la complicidad de un Mussolini neutral, acabará con el dictador nazi. No la revolución, en todo caso, porque la ve como un lujo de la historia, ajena a la leyenda de que se trata de una cosa de pobres.

Conviene tener en cuenta que en Bucarest la guerra no se vive hasta muy tarde, pues los primeros bombardeos aliados se registran en septiembre de 1942. Movilizado, nuestro escritor soporta los trabajos más denigrantes, dada su condición de judío, mientras empieza a saber que se masacra e interna a los suyos. Si bien no llegará a combatir, el cuartel se le aparece como un campo de concentración.

Como el personaje de Joyce, la historia se le da en clave de pesadilla, de la cual despertará algún día. La verdadera realidad no puede ser tan atroz vigilia, en la cual el mundo sufre el síndrome de Estocolmo y admira las atrocidades nazis. El diario registra este lento e inexorable discurrir de la guerra, que se acepta, finalmente, como un proceso interminable, similar a la naturaleza. Al igual que la música, tiene para Sebastian algo de estupefaciente, de éxtasis que se sitúa más allá de placeres y dolores. Si acaso, lo terrible de tal mundo es que ha enloquecido y él conserva la razón.

Rumania, sociedad bizantina, se prepara a recibir a los triunfadores, o sea a los aliados, a cuyas fuerzas se ha unido tardíamente. Los legionarios abandonan el saludo nazi y elogian a Inglaterra. Es como si todo lo que ocurriera en la historia diese lo mismo. Tras catastróficos bombardeos, no son los británicos sino los rusos quienes ocupan Bucarest el 30 de agosto de 1944. Con su angélica sencillez primitiva, los soldados soviéticos roban y compran cualquier cosa a bajo precio. Sebastian pasa fugazmente por la prensa comunista pero entiende que nada se compondrá en el corrupto país si no se depuran responsabilidades. Finalmente, vuelve a ser el mismo personaje impertinente, solitario y excluido de siempre. Rumania ha sido «liberada» por los rusos, provenientes de un país donde no hay libertad. Rumania: la vieja charca balcánica, reaccionaria, llena de chaqueteros dispuestos a celebrar a los soviéticos como celebraron a los nazis. Distinto

entre contrarios, le tocó morir atropellado por un camión el 29 de mayo de 1945. Despiadado y lógico final de quien recibió la vida como un don absurdo.

No puedo menos que volver al paralelismo entre Rumania y la Argentina. En efecto, la vieja burguesía oligárquica que, con tino político, manejó el país durante la Gran Depresión, se abstuvo en 1943, incapaz de digerir la alianza de Inglaterra con la Unión Soviética. Militares pronazis dieron un golpe de Estado del que, con matices, surgiría el peronismo. La suerte de la guerra mundial afectó curiosamente al país. Ingleses y alemanes coincidían en preferir la neutralidad, porque Argentina era proveedora de los británicos y los nazis querían a Sudamérica fuera de la alianza que los enfrentaba en el mundo. Los norteamericanos, en cambio, presionaban para que Argentina entrara en la guerra a su flanco, como el Brasil. Y así ocurrió tres días antes de la rendición alemana, o sea prácticamente nunca. Un triunfo fascista en la guerra habría incorporado fácilmente al país dentro del bloque pronazi. No es difícil imaginar a muchos Sebastian argentinos viendo esta perspectiva en los primeros años de la guerra, hasta Stalingrado, El Alamein y el desembarco en Sicilia y Argelia.

Por los mismos días en que estaba leyendo los diarios de Sebastian, releí, tras cuarenta años, las memorias de Arthur Koestler. Debate, en Madrid, reeditó las traducciones argentinas de Juan Rodolfo Wilcock y Alberto Bixio, *Flecha en el azul* y *La escritura invisible*. Afortunadamente, no corrigió los textos originales conforme a los usos de la calle Serrano, y así podemos leer palabras como frutilla, valija, nafta o arvejas sin considerarlas «americanismos».

Contrapuesto al autorretrato del rumano, el del húngaro comprueba, una vez más, la coincidencia de los opuestos en la historia. Judío indiferente a las religiones, como el colega, Koestler es, por el contrario, un hombre necesitado de creencias y con una oscura y poderosa fe en la capacidad de mejoría radical que ofrece el mundo histórico. No en vano cita a Trotski: «Nuestra meta es la reconstrucción total del hombre». Y, en efecto, por las mismas fechas y en la cercanía geográfica del rumano, Koestler se adhirió al comunismo con una fe religiosa, en el sentido de religarse con el Dios de la historia cuyos profetas eran los clásicos marxistas y su ejército, las legiones del bolchevismo ruso.

Koestler necesitaba creer, ver la luz, alcanzar el éxtasis intelectual del converso: no tener dudas ni conflictos, ya que toda pregunta tiene predispuesta su contestación y el sistema, convenientemente cerrado, intenta convertir a los paganos pero quema a los herejes. A pesar del rótulo escogido —materialismo científico— Koestler experimenta su entrada en el comunis-

mo como la adquisición de una fe que no pide demostraciones lógicas. Es el credo militar del militante, la devoción por la Ciudad de los Puros, para quienes todo es puro, isla de Utopía desde la cual se rechaza la sucia ciudad de la historia meramente humana. Basta con que el converso encuentre a su militante apóstol adecuado. Es el eslabón que lo une a la cadena de los proletarios ideales, enésima versión romántica del buen salvaje ruso-niano, el campesino inocente de las églogas.

Quizá valga para todo el proceso evocado la lectura que Koestler propone: había en la Europa del Este una burguesía empobrecida, incapaz de montarse su propia democracia, para la cual sólo se abrían dos caminos, el fascista y el comunista. Es algo a menudo mal entendido desde la Europa occidental, con sus democracias antiguas y consolidadas. Por otra parte, la época interbélica fue vista por muchos como un preparativo para el Juicio Final de la Historia, el estallido de la ira divina ante los males de la propia Creación, un Apocalipsis carente de Mesías. El Juicio Final era el castigo nazi a los pecados de la sociedad burguesa, en tanto el comunismo lo veía como la antesala del Reino Celestial en el mundo, la revolución. Una suerte de cura mágica para los males de la humanidad, unida a la seducción estética del bolchevismo, su teatro y su cine, heredados de la vanguardia y ahormados a las necesidades de la propaganda redentora.

El comunismo fue visto por muchos, al igual que Koestler, como la única solución para los males europeos. Si acaso, los más relativistas lo compararon con el fascismo y advirtieron que se trataba de un mal menor y una vía abierta hacia el Reino de Utopía. En cualquier caso, la herramienta proporcionada era poderosa y seductora: una dialéctica que puede probar cuanto se crea y creer cuanto se pruebe hasta perfilar la figura de la solución única.

Con todo, Koestler siempre percibió los matices, como cuando dice: «El rebelde siempre tiene algún rasgo quijotesco; el revolucionario es un burócrata de la Utopía. El rebelde es entusiasta; el revolucionario, fanático». Así es como Koestler, en 1931, en plena Gran Depresión mundial, con el falso nombre de Iván Steinberg, se puso a militar en secreto para el Partido Comunista y a gozar de los bienes del Occidente capitalista. Es curioso imaginar los sufrimientos del incrédulo Sebastian y los placeres del convencido Koestler, las dos caras de una misma cultura en crisis: la modernidad laica en busca de las certezas ultrarracionales que no halla en un mundo racionalizado y burocratizado.

Koestler entró en el comunismo como quien ingresa en una religión, con la constante consciencia del pecado original, esa falla nativa que los hombres hemos de pagar con lo que hagamos en la historia. El Partido, como